

ALFONSO GOIZUETA
LA SANGRE
DEL PADRE



FINALISTA PREMIO PLANETA 2023



Alfonso Goizueta



La sangre del padre

Finalista Premio Planeta
2023

Recordaba el día en que lo mataron, a su padre. Recordaba que no sintió nada, poco más que la indiferencia de un desconocido. Fue la sensación de quien es testigo de alguna otra injusticia trivial y ajena: sorpresa, sí, hasta furia y compasión hacia el que la sufre; pero nada que permanezca en la mente más de unos instantes.

Lo hizo un capitán de la guardia real seguramente pagado por los persas, durante la celebración de un triunfo, frente a toda la corte. Lo acuchilló varias veces. La sangre manó espesa y humeante; era un día de otoño.

Su madre sí lloró y eso le produjo una mezcla de extrañeza y de admiración: sabía que sentía exactamente la misma indiferencia que él, lo habían hablado muchas veces, pero eso no le impidió romper el cielo con su grito, igual que si le hubieran arrebatado al amor de su vida.

Alejandro pensó que lo miraba reprendiéndolo furiosa, temiendo quizá que a la hora de suceder en el trono hubiera quien se opusiese alegando que no había amado a su padre y que muy probablemente por ello fuera responsable de su asesinato. De inmediato trató de buscar entre sus recuerdos alguno que tal vez pudiera soltarle la lágrima antes de que alguien notara su frialdad, pero al mirar en la memoria se dio cuenta de que estaba vacía, como si todos sus recuerdos de hijo —que los había—, todos los pesares, los odios, las alegrías —que las había— hubiesen volado en bandada.

De Filipo II de Macedonia jamás supo lo que era el amor de un padre. Cierto era que nunca lo había obligado a nada, ni lo

había mandado a curtirse con los nobles del norte, que no eran griegos sino bárbaros; lo había dejado en la capital de Pela con todas las comodidades, bajo la tutela de su madre y del gran maestro Aristóteles, con una compañía exquisita de amigos, le había regalado a su amado caballo Bucéfalo... Pero a él, a su figura, rara vez lo había encontrado a su lado. En verdad no lo había echado en falta, pues cuando sí estaba, sus palabras iban siempre llenas con reproches decepcionados e insultos velados por su debilidad y su sensiblería. De niño lo hería por una hombría que no llegaba; de joven porque la que tenía no le parecía adecuada. Ni cuando triunfaba se lo reconocía. Así sucedió en Queronea: fue su primera gran victoria en el campo de batalla. Acababa de cumplir dieciocho años. Para otro príncipe un día así habría sido una fuente de inspiración para su reinado futuro y de bella nostalgia en la vejez. Para Alejandro no.

Ese día se enfrentó a la dura realidad de que a veces los hijos derraman lágrimas, sangre y coraje, incluso se arriesgan a la muerte inútil para probarse dignos de sus padres, y aun así no consiguen ni siquiera una mirada orgullosa por su parte.

La noche antes de partir durmió con su madre, apoyada la cabeza sobre su cálido regazo para que así le viniera el sueño esquivo. Olimpia le acarició suavemente la mejilla. Ya era casi un hombre —aunque no le hubiera salido la barba, al contrario que a sus amigos, se le había desarrollado el cuerpo atlético, afilado el rostro, acaballado la nariz, rizado y ensombrecido el cabello, ahora color de cobre, alargado las patillas y endurecido la mandíbula—, pero ella aún veía al niño inocente al que quería esconder en el gineceo para que no pudiera alcanzarlo ningún mal. «Vuelve a mí, siempre», susurró en su oído. Pasó toda la noche despierta, vigilando su sueño, rezándoles a Dioniso y a Zeus para que se lo devolvieran sano y salvo.

La batalla se libró un día ardiente de agosto en un llano cercano a la ciudad de Queronea, en el centro de Grecia. El campo, tembloroso por la canícula, parecía estar derritiéndose. Apenas soplabla el viento y ni la cercanía del río calmaba el calor. Un brillo de metal enceguecía el horizonte: Tebas y Atenas habían reunido en alianza con otras ciudades griegas trein-

ta y cinco mil hoplitas, su poderosa infantería pesada, para acabar para siempre con el liderazgo del reino de Macedonia en Grecia.

Su rugido al ver aparecer las falanges macedónicas por la colina encogió el corazón de Alejandro. Los soldados de las ciudades libres berreaban como bárbaros, como animales, por defender lo que consideraban suyo. Nervioso, miró a su alrededor a sus *hetairoi*, los amigos de su infancia que formaban su Compañía de Caballería real. Iban a su lado buscando una mirada de ánimo.

A su derecha estaba Hefestión. Era más alto que él, que no lo era mucho, y bastante más corpulento. La suya era la imagen encarnada de los semidioses del pasado: la coraza, que le cubría el pecho, dejaba a la vista los brazos de músculos trenzados; las piernas fuertes se aferraban al caballo; el mentón puntiagudo clavaba el rostro atento en el horizonte de la batalla; el alma indómita y llena de coraje destellaba a través de los ojos por la leve ranura que dejaba el casco.

—Estate tranquilo, Alejandro —le dijo—. Estamos contigo.

Alejandro le devolvió una leve sonrisa. La voz de su amigo era profunda y melódica, llena de una seguridad y una fuerza que inspiraba a quienes la oían.

A su izquierda iba Clito, su hermano de leche. No era costumbre que las reinas criasen a los príncipes; aquella labor recayó sobre la propia hermana de Clito, que cogiéndolos a cada uno en un brazo los alimentó de su pecho y sin saberlo los hermanó de por vida. A Clito lo llamaban «el Negro» por su cabellera azabache y por la barba, que aun desde muy joven le ensombrecía el rostro por más que se la afeitara.

Junto a él estaba Laomedonte, un joven escuálido y de ánimo ceniciento, que apenas hablaba porque siempre estaba inmerso en una conversación consigo mismo. Era de los que allá adonde fuera caminaba cabizbajo inmerso en una lectura que se retaba a memorizar, aunque nunca fue por ello menos diestro con la lanza o el arco.

De cerca lo seguía Nearco, el cretense. Aquel joven de piel tostada y cabello ensortijado de sal había llegado a la corte de

Macedonia con nueve años proveniente de la isla de Creta. Hablaba con el acento áspero del mar, sus ojos azules soñaban con el Egeo encendido de la tarde y, en esa corte de caballistas y jinetes, destacó siempre como el nadador más bravo: encontraba en el agua su elemento, como si su sangre fuera la de los seres marinos, y no había día, desde que llegaba la primavera hasta que caía el invierno, que no subiera a las colinas a tomar un baño en los manantiales helados y a bucearlos hasta donde se tornaban oscuros.

Y finalmente estaba Ptolomeo, que tenía la mirada enturbiada por el recelo a los demás. No venía de la gran nobleza: su padre era un humilde funcionario palacial; de su madre algunos se burlaban diciendo que vendía muy barato su amor a los generales. Nada, salvo una clemencia insólita del rey Filipo, podía explicar que aquel joven enjuto, de ojillos afilados y nariz tan prominente que proyectaba sombra sobre los labios torcidos, hubiera acabado educándose junto al príncipe y siendo uno de los *hetairoi*.

—No perdáis la concentración. Estad siempre alerta —les dijo el general Parmenión, a quien Filipo había encomendado la dirección del ala y la seguridad de Alejandro.

—Ya hemos estado antes en la guerra, general —deslizó el príncipe.

—Sí... Las tribus del norte luchan con tenacidad, pero la guerra de verdad solamente se da entre hombres iguales —le dijo.

Parmenión era un hombre viejo. Tenía algo más de sesenta años, la mayoría de ellos al servicio de Macedonia. Poco menos que había educado a Filipo. Apenas se le arremolinaba el cabello calvo en la parte trasera del cráneo anguloso. Tenía los ojos diminutos e inteligentes, la nariz aguileña, el mentón afilado y muy largo el cuello. A pesar de su edad, era de los mejores jinetes del ejército y un guerrero fiero. Aún tenía la fuerza de la juventud y la combinaba ahora con la destreza de la experiencia manida y la sabiduría de la edad. Era además un político hábil, de los nobles más importantes de Macedonia, el consejero más fiel de Filipo y su *strategos*, el comandante de sus ejércitos.

—Mira allí, señor —indicó Parmeni3n. Todos siguieron su dedo—. Distingue al rey por la cresta roja de su casco. Siempre va delante: apréndelo.

—Se arriesga a ser alcanzado por el enemigo.

—Un rey no puede exigirles nada a sus tropas si no va al frente de ellas. Un rey que se esconde en la retaguardia es un rey que se ha perdido.

Hefesti3n avanz3 con su caballo. Tom3 la mano de Alejandro, que sostenía las bridas de Buc3falo, y la apret3 con fuerza.

—Pase lo que pase, estar3 cerca de ti y guardar3 tus espaldas.

Alejandro sonri3. Sintió el esp3ritu m3s liviano por un instante.

La voz de Parmeni3n tron3:

—¡Señor, el rey avanza!

El estruendo de la caballería y las falanges que comandaba Filipo lleg3 de pronto en el aire ardiente.

Alejandro se inclin3 sobre Buc3falo:

—Ve raudo, amigo. Cabeza de toro, coraz3n de Pegaso.

Parmeni3n dio la seña: clavaron los talones en los costados de los caballos, que soltaron un relincho de fuego y se lanzaron contra los griegos.

Alejandro estuvo distraído; tuvo suerte de que los dioses guiaran su espada. Ora miraba a Hefesti3n para asegurarse de que vivía, como si verlo pelear lo inundara a él de fuerza, ora buscaba a Filipo en el horizonte de caos. El príncipe quería que se fijara en él, que lo viera luchar con fiereza, que lo sintiera digno sucesor de su reino. Pero el rey no prestaba atenci3n a nada donde no fuera a impactar su espada. Su combate era tosco, bruto y salvaje, pero no por ello menos eficaz; lo cierto es que era prodigioso que combatiera con semejante ímpetu teniendo solo un ojo. Era como si no lo afectasen la juventud perdida ni las heridas mal cicatrizadas de guerras anteriores.

La batalla se alarg3 varias horas. Las fuerzas estaban tan igualadas que en diversas ocasiones ambos bandos meditaron la retirada y dieron por suya la victoria. El calor era insoportable: aplastaba a los soldados bajo el metal incandescente de

sus corazas y levantaba nubes de polvo que impedían respirar. Las figuras de sus amigos destacaban sobre aquel mar embravecido de violencia. Alejandro los seguía con la mirada, allá adonde fueran. Y vio que estaban colocados en círculo en torno a él. Hefestión, Ptolomeo, Clito, Nearco, Laomedonte...; ninguno alcanzaba los veinte años, ninguno había conocido la vida, cualquiera de sus pérdidas hubiera sido más dolorosa que la caída de una dinastía entera, y sin embargo estaban ahí, defendiéndolo con arrojo heroico. Pero lo cierto era que no lo defendían solo a él, sino a todos: se defendían entre ellos, movidos por un amor profundo y sincero, por un convencimiento genuino de que si no volvían todos no volvía ninguno.

Cuando llegó el crepúsculo, el llano de Queronea se había convertido en un campo del Hades, sembrado de cadáveres humanos y equinos hechos carniza. Se olía la sangre y se sentía en la boca, densa y metálica. Con un andar zambo con el que disimulaban sus heridas, los supervivientes recogían los cuerpos de sus hermanos a fin de disponerlos en grandes piras. A los heridos se los llevaban en carreta o en camillas agonizando porque sabían lo dolorosa que iba a ser su muerte a manos de un físico que les serraría una pierna o un brazo, si es que llegaban a tiempo.

Alejandro sintió una náusea ácida subiéndole por la garganta. Se apoyó en Hefestión para no caer mientras la arcada le sacudía por dentro.

—Acostúmbrate a la muerte, príncipe —le dijo Parmenión—. Ella es la auténtica hacedora de hombres. Apresúrate, el rey quiere verte.

Los miembros del consejo real bebían vino y lo sudaban. A uno de los senescales le estaban vendando el muslo izquierdo, donde tenía una herida superficial. El olor dentro de la tienda era intenso, insoportable, pensarían los rudos líderes tribales, para aquellos principitos refinados que escuchaban lecciones de filosofía entre los rosales del jardín. También empezaba ya a sentirse en el aire el olor de las hogueras en las que se consumían los héroes.

A pesar de haberlos hecho llamar, el rey y sus hombres apenas repararon en los muchachos, que permanecieron en un silencio incómodo.

—¿Cuántos fueron los muertos? —preguntó finalmente Alejandro.

Filipo no se volvió para contestarle.

—Esperaba que tú me lo dijeras. —Alguien se rio del príncipe entre dientes—. Fueron muchos, pero mereció la pena. La victoria es mía y estos griegos se lo pensarán dos veces antes de alzarse de nuevo contra mí. —Sorbió vino de su copa dorada—. Me contaron que luchasteis bien.

—¿No me viste? —le preguntó extrañado.

—Si te encomendé uno de mis flancos fue para no tener que supervisarte, es una muestra de confianza —le respondió severo.

—No me refería a que tuvieses que vigilar mis movimientos.

—¿Qué querías? —le espetó—. ¿Que me detuviera para admirarte y aplaudirte? —Alejandro balbuceó algo, pero Filippo lo interrumpió furioso—. En la guerra solo debes estar pendiente de tu enemigo, de esquivar sus lances y asestar los tuyos, si eres un mero soldado, y de planear los lances de todas tus tropas y esquivar todos los contrarios si eres un capitán. Me contó Parmenión que tus amigos no se apartaron de tu lado, ¿es cierto? —preguntó mirando a los jóvenes, que asintieron tras dudar si contestar—. Concéntrate en la batalla en vez de esperar la aprobación de otros y no necesitarás que estén pendientes de tí. Aprende estas lecciones de la guerra y prepárate para recibir las de la paz. Los atenienses han sido derrotados y ahora irás y me traerás la paz en los siguientes términos, recuérdalos bien: queremos usar su flota, es la más poderosa de Grecia, consíguela para mí y disuelve la Liga ateniense, su coalición de ciudades, pero haz por no volverlos de nuevo en nuestra contra.

El príncipe se mordió el labio inferior y apretó los puños.

—Como ordenes, mi señor —le respondió con un hilo de voz aún sin mirarlo a la cara, abandonando después la tienda junto a los *hetairoi*.

Esa noche no logró conciliar el sueño. El olor de la ceniza humana lo abrasaba en la nariz y la boca. Se sucedían en su cabeza imágenes y palabras: su padre rechazándolo, dándole la espalda, los gemidos de los moribundos, los cuerpos de los muertos pudriéndose al sol.

Y entonces apareció también en su mente adormilada Nectanebo, el brujo al servicio de su madre, compungido y sangrante en el fondo de aquel agujero. Llevaba ya unos años en los que había conseguido olvidar aquella visión y sin embargo le regresó esa noche en la que tanto extrañaba el amor de padre que Filipo le negaba.

A su pesar, aún recordaba muy bien a ese hombre. Había sido el terror de su infancia. Sus amigos, para asustarlo, le decían que era un antiguo dios egipcio, de esos que eran mitad hombre, mitad bestia.

Nectanebo estuvo desde siempre en la corte de Macedonia, aun antes de su nacimiento, el cual atendió. Todos lo temían y veneraban, incluso los que lo odiaban, pues gozaba del favor real. Era adivino, sacerdote y hechicero venido del país de los faraones. Cuando Filipo marchaba a la guerra, el brujo se escabullía hasta la alcoba de la reina Olimpia, con quien pasaba la noche entera invocando a dioses desconocidos con todo tipo de hechizos para favorecerlo en la batalla. Así había logrado su padre unificar las polis griegas y asentar Macedonia como el primero y mayor de los Estados helenos.

Durante aquellas sesiones rituales, Alejandro, que siempre era libre de entrar a los aposentos de su madre y nunca había tenido que esperar en la puerta, ni aun cuando ella se encontraba en la más completa desnudez, tenía prohibido entrar. Siempre respetó aquel mandato, no sin sentir esa curiosidad peligrosa de la que, una vez satisfecha, todo niño se arrepiente. Pero una noche, tenía doce años, enfadado o entristecido por algún motivo, aporreó la puerta olvidándose de que estaba transcurriendo una sesión y esta cedió. Se precipitó dentro gi-

moteando y entonces los vio. Los doseles estaban echados, pero se intuían claramente dos figuras en el lecho. Unos ojos tizones y furiosos se clavaron en él. De entre las sombras se levantó el tétrico semental egipcio. Pudo llegar a ver a su madre desnuda sobre las sábanas revueltas antes de que Nectanebo lo agarrara y lo echara a empujones.

—La reina está hablando con el dios, príncipe. —Y cerró la puerta de golpe.

Nunca olvidó el desprecio con el que aquel extraño, que como él compartía la peculiaridad de tener cada ojo de un color, lo apartó de su madre.

A ella no le reprochó nada, la creyó hechizada por el brujo e incapaz de haberse resistido. Cuando quiso hablar con él se encontró con que rehuía toda conversación que tocara el tema. Su mente había reconstruido la imagen para que fuera a otra mujer, no su madre, a la que había sorprendido retorciéndose adúltera entre los muslos del sacerdote egipcio. Sin embargo, ello no impidió que en la lucidez oscura del insomnio se apoderara de su mente la imagen del brujo y el deseo furibundo de darle muerte.

Poco después fue a visitarlo y le pidió que esa noche lo acompañara al monte porque quería que le explicara las estrellas bajo las que había nacido. El sacerdote, para su sorpresa, no mostró objeción. A la hora del ocaso abandonaron el palacio sin ser vistos y echaron a andar hacia las colinas que lo rodeaban. Sobre ellos vino la oscuridad, que pronto se llenó con los cientos de estrellas que adornaban el firmamento.

—Demoré tu alumbramiento para que nacieras precisamente bajo los astros indicados —le explicó mientras caminaban por el sendero pedregoso.

Nadie sabía cuál había sido el horóscopo del glorioso Aquiles ni el del gran Heracles, sus antepasados, pero de seguro no era tan perfecto como el suyo. Y es que Alejandro había nacido bajo un cielo dibujado por los mismos dioses.

Fue en la madrugada del 21 de julio. Como le había dicho, el egipcio no consintió que nadie entrara en los aposentos de la reina aun cuando las contracciones ya la tenían berreando

de dolor y suplicando la muerte. Olimpia ansiaba liberarse de aquella criatura feroz que le había devorado el cuerpo y el alma desde dentro, pero el sacerdote no se lo permitió. Y mientras la dejó retorciéndose y luchando contra el hijo que le desgarraba las entrañas, se asomó al balcón y observó atentamente las posiciones de los astros en la bóveda.

Miró al espacio profundo, donde brillaban muy lejanos el planeta de Zeus y el de Cronos con sus anillos de oro. El primero seguía fijo entre los dos Gemelos, vaticinando gloria, y esa noche se había unido a él el planeta rojo de Ares, dios de la guerra. El Cronos encenizado, el padre que pone los límites, brillaba receloso entre las pinzas del Cangrejo. Nectanebo lo observó curioso y concluyó que aquel que iba a nacer también estiraría el brazo en demasía, como el gran titán, también rompería con todo lo establecido; sus pasos lo llevarían más allá de cualquier límite, más allá de cualquier sueño y cualquier ambición. Venía un hijo de la historia a quien no frenarían ni los hombres, ni los reyes, ni los dioses.

De repente un viento plateado y tibio penetró en la alcoba levantando las cortinas y agitando los doseles. A su paso no se apagó ninguna vela.

—Es la diosa Ártemis, señora —anunció; la luna de pronto brillaba con más fuerza—. Está aquí. Ha venido a atender el parto.

Las contracciones aumentaron, pero el sacerdote aún se resistió a que entraran las comadronas. Cuando la luna, que bajaba ya para sumergirse en el oeste, brilló sobre las estrellas ardientes del León, dio la señal: las parteras abrieron las puertas y se abalanzaron sobre Olimpia, que apretó con tanta fuerza que temió se le rompieran los dientes. Mientras, el egipcio se mantuvo fijo en esa luna que se desplomaba por el cielo, mascullando conjuros para demorar las horas, detener el tiempo, y que el príncipe naciera con la diosa pálida aún acariciando las melenas del león.

Se hundió la luna en el horizonte cuando se oyeron los llantos del recién nacido. Nectanebo respiró aliviado.

—Ese mismo día se incendió el Artemisión, el gran templo

en Éfeso —le dijo—. La diosa no lo pudo impedir porque estaba sujetándole la mano a tu madre.

Que el brujo mentara a su madre, que su aliento conformase entre los labios su nombre, hizo que el alma herida de Alejandro se revoliera. Apretó los dientes y contuvo la furia, no sabiendo bien cómo dar salida a su deseo mortal. Pero de pronto lo vio: Nectanebo pisó en falso y se resbaló teniendo que cogerse de su mano para no caer; el terreno era agreste, resbaladizo y lleno de quiebros escarpados. Los ojos de Alejandro se iluminaron con la solución; sintió la sangre corriendo rauda y ardiente en las venas.

—¿Qué estrella es esa de allí? —preguntó señalando el horizonte.

El egipcio se sacudió el polvo de la túnica y miró hacia donde apuntaba el dedo del príncipe. Aguzó la vista tratando de verla mejor.

—Creo que es la estrella de Amón, la manifestación de Zeus en Egipto.

Absorto como estaba en el cielo, no reparó en que se había aproximado a una zanja pedregosa. Alejandro siguió con ansia cada uno de sus pasos. Se acercó lentamente por la espalda, de puntillas para que no se percatara de que se movía tras él, sigiloso como una sombra, mientras el brujo continuaba hablando sobre las estrellas en cuestión. Una gota de sudor frío le temblaba en la ceja y el corazón le latía tan fuerte en el pecho que pensó que le estallaría. No pudo esperar más y, de una patada, lo tiró al foso. Nectanebo cayó con un estruendo sordo y se golpeó la cabeza. Alejandro se asomó a verlo. Su sangre era blanca. El sacerdote esbozó una sonrisa extraña, como si todo lo hubiera previsto, y le dijo con un crujido de voz:

—Como Zeus y como Cronos antes que él, era necesario que matases a tu padre para que el mundo fuera tuyo.

Alejandro se levantó ensopado de sudor frío, estaba en su tienda en Queronea y salió al exterior: a lo lejos aún intuía un

resplandor amarillo de las piras fúnebres que no se acababan de consumir. Apenas se veían almas de vivos por el campamento.

—Despierta al oficial que ha de acompañarme mañana a Atenas —ordenó a uno de los soldados que tenían la guardia.

A los pocos minutos regresó con el capitán de una de las falanges. Tenía el rostro agarrotado de sueño y vino.

—Mi señor —lo saludó con la voz ronca.

—¿Dónde fue que los atenienses cremaron a los suyos?

El oficial indicó con el dedo el punto del horizonte en el que brillaban las piras como un falso amanecer incapaz de despuntar.

—Quiero llevarme sus cenizas. Que las dispongan en un gran cofre para que sean transportadas a Atenas.

—Pero, señor, corresponde llevarlas a sus generales.

—Sus generales han huido o han muerto. Soy yo, en nombre de Macedonia, quien ha de llevar la paz a los atenienses. Y con la paz llevaré también a sus prisioneros y a sus muertos.

—¿A los prisioneros también? —preguntó incrédulo.

Tuvo suerte; parecía que al príncipe no le molestaba la insolencia de sus contestaciones.

—Sí, a los prisioneros también. Son griegos, como nosotros.

—Pero son botín de guerra, señor. Corresponde al rey decidir qué hacer con ellos.

—Nosotros no llevamos en la sangre la crueldad de los persas, capitán.

—Pero, mi señor...

—Basta —bramó—. El rey me ha encomendado llevar la paz a Atenas y volver con la paz de toda Grecia; no la habrá mientras mantengamos cautivos a los hijos de la ciudad y humillado el recuerdo de sus caídos. Disponlo todo.

Finalmente el oficial inclinó la cabeza en señal de aceptación y cursó las órdenes.